

yes. Nada cuesta obedecer al que ha oído las palabras de Jesucristo: «El que quiera venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo como yo (1): hágase obediente como yo: pase derramando bienes como yo, á fin de conservar en la sociedad del tiempo una imagen de la sociedad eterna.

Desde el momento que el hombre renuncia su orgullo y su egoísmo, que es lo que Jesucristo nos manda renunciar, nace la union, nace el orden: ya no depende más que de Dios. San Pablo nos dice: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado. Por ello, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe es el representante, el ministro de Dios para el bien. Es necesario, pues, continúa el Apóstol, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia; por la caridad. Dad á cada uno lo que le es debido: tributo á quien se debe el tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie, excepto el amor, que es debido á todos; porque el que ama á su prójimo cumple la ley (2). ¿Sabéis á quién dirige San Pablo estas palabras? A los orgullosos romanos, al pueblo que vivía con más ideas de dominacion y de independencia.

Así enseña el Catolicismo la obediencia por la union de voluntades, por la caridad. De la misma manera, Jesucristo, en su palabra y en su ejemplo, se hace modelo y maestro de los que mandan. Los príncipes de las naciones, dice á sus discípulos, dominan sobre ellas: vosotros no lo hagáis así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser el primero, sea

(1) Luc. IX, 23.

(2) Rom. XIII.

siervo de todos, á imitacion del Hijo del hombre, que siendo Dios, no vino á reinar con el egoísmo, haciéndose servir, sino con la humildad, sirviendo á todos, y con la caridad, amando á todos hasta morir por ellos (1). De este modo, Señores, el trono del rey, la silla del juez, la cátedra del sábio y todo lugar de autoridad es un altar, donde el que lo ocupa se da todo por Jesucristo, se sacrifica todo por el bien de los demás; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando sus bienes, su poder, su inteligencia y su vida por el bien comun, realizan el bello ideal de la perfeccion y de la felicidad social. No la busqueis fuera del sacrificio y de la union por la caridad que inspira el Catolicismo, y que quitando su dureza á la dominacion y á la sumision su bajeza, lo ennoblece todo con la pasion del amor, y enseña ser el más grande aquel que, desprendido de su egoísmo y consagrado sin reserva al bien de sus hermanos, vive para servirlos, muere para salvarlos.

Concluyamos la demostracion viendo en la sagrada Eucaristía la fuente inagotable de esta caridad, y por consiguiente, el más sólido fundamento de la union y de la felicidad social.

SEGUNDA PARTE.

Todos los siglos han reconocido que solo el catolicismo es el árbol que produce la caridad, fruto que da vida social. Recordemos dos testimonios de esta verdad. Juliano Apóstata, consagrando todo su poder á resucitar el

(1) Matth. XX, 25 ad 29.

politeísmo y á darle un principio de vida, para con ello borrar de la tierra hasta la memoria de Cristo, repetía con frecuencia á los que le rodeaban y servían de instrumentos para realizar sus designios: «Tratemos de imitar á los discípulos del Nazareno: ved, ved cómo se aman (1).» Dió testimonio de un hecho grande y sublime que le descubría la fuerza social del Catolicismo; pero no pudo reproducirlo fuera de él, como quisiera, para arruinarlo, oponiendo potencia á potencia. El amor verdadero, que hace olvidarse de sí mismo al amante para que se refunda en el amado, no lo engendra el hombre. Ni los filósofos con sus sistemas, ni los Césares con su poder, pudieron ni podrán hacerlo, porque no son dueños de los corazones. Es obra de Dios, que es caridad (2); es obra de Dios, en cuya mano está el corazón del hombre. Solo el que permanece unido á Dios, vive de la caridad.

El otro testimonio es más reciente, escapado también, como á su pesar, de la pluma del mayor enemigo del Catolicismo; de Voltaire. En su Ensayo sobre las costumbres, dice: «Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana no han podido imitar, sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza (3).» Tiene mucha fuerza esta confesión salida de boca del hombre que juró acabar con la obra de Jesucristo.

Este carácter constante de la Iglesia católica, manifestado por millares de hechos que brillan en la historia de los siglos, debe tener un origen superior; debe tener

(1) Julian., Epist. 49. Ya también en tiempo de Tertuliano reconocían esto mismo los gentiles, los cuales, hablando de los cristianos, decían: *Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sint parati.* (Tertul. Apolog., cap. 39.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Voltaire: Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

un manantial divino, cuyas aguas conserven la lozanía del fruto y del árbol á la vez. Ese manantial, hermanos míos, lo ha poseído la Iglesia, lo posee, y jamás podrá serle robado. Lo teneis á la vista: es la sagrada Eucaristía. Ella sola posee ese tesoro, y en él el conjunto de toda la religión, el alma del Catolicismo. Tres misterios principalmente constituyen el Catolicismo: la Encarnación; Dios que se acerca al hombre, Dios unido á la naturaleza humana; la Pasión; Dios inmolado por el hombre; la sagrada Eucaristía; Dios unido, estrechado cuanto es posible estarlo en la tierra, con cada hombre que lo quiere. El amor es el principio de estos tres misterios, que son la manifestación del amor de Dios al hombre, y en el de la Eucaristía se resumen los otros dos, porque es la Encarnación perpetuada, el sacrificio continuado; es la Encarnación y el sacrificio llevados al último extremo por el amor que los produce.

La sagrada Eucaristía, con relación al hombre que la recibe, se llama Comunión, unión común, unión de Dios y del hombre, comunicación de Dios al hombre, para que el hombre, embebido en Dios y hecho como Dios, se una también al hombre su hermano, y se realice el gran designio de Jesucristo: *Ut sint unum, sicut et nos*; y se realice por la caridad: *Ut diligatis invicem*. Las sectas no tienen esta sávia vivificadora, porque no tienen el tronco hermoso de donde procede; no tienen la vid de Jesucristo. Son sarmientos cortados de la vid, y no producen fruto, porque Jesucristo lo dijo: «No podeis producir si no permaneceis en la vid; el que permanece en mí y yo en él, ese es el que produce fruto en abundancia; porque sin mí nada podeis hacer (1).» «Esos hombres no poseen

(1) Joann. XV, 5.

á Jesucristo; no quieren que esté entre ellos; lo rechazan negando su presencia en el Sacramento adorable, y lo conservan solo como un recuerdo. Para ellos, la Encarnacion es un hecho aislado. Jesucristo pasó por la tierra como otro cualquiera, y volvió al cielo, dejando á los hombres la libertad de creer lo que quieran acerca de su persona y de su doctrina. La pasion para ellos, es un hecho histórico, una redencion nominal: la Eucaristía, una figura, una representacion sin objeto, una sombra sin realidad; la Comunión, una pura ceremonia, ni aun el nombre de Comunión les merece; llámanla Cena. No es ni puede llamarse de otra manera, porque no hay allí union de Dios con el hombre, ni principio de union de los hombres entre sí. Solo la Iglesia católica posee á Jesucristo; solo ella se alimenta de Jesucristo; solo ella vive de la vida de Jesucristo.

El modelo de toda sociedad perfecta entre los hombres, hemos dicho antes, es la de las Divinas Personas entre sí; la del Padre con Jesucristo, la de este con su Iglesia, la de Dios con el hombre. Ese modelo está siempre entre nosotros en la sagrada Eucaristía. Ahí se nos explica esta sociedad; ahí se nos revela y se nos infunde su espíritu. Recordad que Jesucristo en la última cena oró, diciendo: «Guárdalos, Padre Santo, para que sean una misma cosa, como nosotros; para que todos caminen en unidad, como tú en mí y yo en ti. Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en la consumacion de la unidad (1).» Notad que esta oracion fué hecha despues que habia instituido el sacramento augusto de nuestros altares; despues que habia dado á sus Apóstoles su cuerpo y su sangre en alimento. El Padre estaba en Je-

(1) Id. XVII, 12.

sucristo; Jesucristo en sus discípulos, á quienes se habia comunicado en la sagrada Comunión; entonces es cuando exclama: «Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en perfecta unidad: guárdalos, Padre Santo.» ¿Quién no descubre aquí el fin principal de la Eucaristía? ¿Quién no ve en ella el lazo de union que Jesucristo quiere establecer entre los hombres, para que se verifique en ellos lo que cantaron los ángeles en la campiña de Belén: «Paz á los hombres de buena voluntad?» (1) Así se cumple lo que siglos antes anunciara el Profeta: «Puso paz en todos tus términos, y para ello te alimenta con la grosura, con la flor del trigo (2).»

Entonces tambien, en esa noche memorable, y despues de haber llevado su amor hasta el último extremo, uniéndose al corazon de cada uno, es cuando Jesucristo ve la ocasion de hablar á sus discípulos de la caridad, de la union entre sí, del mútuo amor, pronunciando el sublime discurso que admiran y admirarán todos los siglos. ¿Cuándo mejor pudiera hacerlo? ¿Cuándo hacer el último esfuerzo para extirpar del corazon humano la raiz del egoismo, mejor que en esa hora en que, llenos de Dios, extasiados por la inefable dignacion de su Maestro, que se les daba en alimento, sentían en sí mismos la caridad de Dios? Entonces comprendieron los Apóstoles el admirable sentido de aquel precepto: «Amaos como yo os he amado (3);» entonces comprendieron el significado de aquellas palabras: «Tú en mí, Padre mio, y yo en ellos, para que sean uno con nosotros (4): el Padre y yo somos una misma cosa; vosotros y yo una misma cosa, como el alimento y el que lo toma. Como yo os he ama-

(1) Luc. II, 14.
 (2) Psalm. CXLVII, 3.
 (3) Joann. XIII, 34.
 (4) Id. XVII, 23.

do, amaos los unos á los otros.» Uníos, sed una misma cosa, incorporando vuestros corazones, enlazando vuestros espíritus por el amor. ¡Oh, que es admirable, Señores, la conducta de Jesucristo! ¡Es sublime su designio! ¡Es adorable el medio por el cual llega á su consecucion! Meditad esas palabras; admirad esa conducta; contemplad su resultado.

Jesucristo dijo: yo he venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (1). Esa vida, dice San Juan, es la caridad; el que no ama, permanece en la muerte; y nosotros sabemos que no permanecemos en ella, que hemos pasado de la muerte á la vida, en que amamos á los hermanos (2). Esa vida-caridad es Jesucristo; él lo dice: «Yo soy la vida (3).» El medio de lograrla el hombre es la Comunión. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendreis vida en vosotros (4). Jesucristo ha venido para reunir los hijos de Dios, que estaban dispersos (5). Les da esta union, formando de todos un cuerpo con un solo espíritu en la fe y en el bautismo (6). Quiere que este cuerpo crezca en todas las cosas en el mismo Cristo, que es su cabeza; por el cual, todo el cuerpo, coligado y unido por toda coyuntura por donde se le suministra el alimento, obrando á proporcion de cada miembro, tome aumento para edificarse en caridad (7). ¿Cómo se mantiene este cuerpo, cómo por Cristo se le infunde el principio vital que le hace crecer y edificarse en caridad? El mismo

(1) Joann. X, 10.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Joann. XIV, 6.

(4) Id. VI, 54.

(5) Id. XI, 52.

(6) Ephes. IV, 4, 5.

(7) Id. id., 16.

Apóstol lo dice: «Un pan, un cuerpo, somos muchos;» es decir, todos los que participamos de un mismo pan. «Y el pan que participamos, añade, ¿no es la comunicacion del cuerpo del Señor?» (1) Él es el que, alimentando á cada uno de los miembros, les hace concurrir á la edificacion comun por la caridad; él es el que, enlazándolos consigo mismo, los une entre sí con union la más perfecta.

Es un axioma, Señores, que dos cosas que son iguales á una tercera, son iguales entre sí: dos cosas igualmente unidas á una tercera, están unidas entre sí. En la sagrada Comunión nos hacemos una misma cosa con Cristo. ¿Cómo podrán menos de ser una misma cosa y estar íntimamente unidos los cristianos que se unen á Cristo? Un cuerpo somos, dice el Apóstol, los que comemos de un mismo pan y participamos de Cristo. Así como un pan se forma de muchos granos de trigo, tan unidos que no aparece distincion, y este pan se convierte en el cuerpo de Cristo por las palabras de la consagracion: así los diversos participantes de este cuerpo, en unidad de fe, esperanza y caridad, se hacen un solo cuerpo con Cristo (2). Él es quien nos une, él quien nos estrecha; él es el humor vital de este gran cuerpo, que sin él no puede conservar su integridad y su vida. Jesucristo, en la sagrada Eucaristía, es el centro hácia el

(1) I Corinth. X, 17.

(2) Sicut unus panis ex multis granis conficitur, qui postea in corpus Christi, et per fidem, et per sancta verba quæ Christus suos docuit, convertitur; sic diversi participantes hoc corpore in unitate fidei, spei et charitatis unum corpus cum Christo sunt. (Guerric. Abb., Serm. 5 de Purif. B. M. V.) Quomodo panis multis ex granis compositus, sic coalescit, ut nusquam grana appareant, sed sint quidem ipsa, haud tamen eorum manifesta distinctio sit propter conjunctionem, ita nos quoque cum alii aliis, tum Christo jungimur. (S. Joann. Chrysost., Hom. 24 in expos. Epist. 1 ad Corinth.)